

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL ACADEMICO
DON LUIS JAIME CISNEROS EN EL ACTO DE
INHUMACION DE LOS RESTOS DEL ACADEMICO
DON ENRIQUE PEÑA BARRENECHEA
(26 de abril de 1988)

Por fin alcanza Enrique Peña el apetecido paisaje de silencio arbolado que vaticinaron sus versos iniciales. Con el mismo callado recato fue realizando una viva experiencia de poesía. Había aprendido en Rilke que el poeta crece, inmóvil como el árbol, sin apresuramiento, siempre confiado en que ha de renovarse la esperanza con cada primavera puntual. La primavera fue la esperanza mejor que frecuentó el poeta a quien hoy despide con dolida voz la Academia Peruana de la Lengua.

Desde *El aroma en la sombra*, su primer libro, más allá de sesenta años, anunció Peña una línea poética a la que supo ser fiel. La suya fue poesía recogida, pudorosa, hecha de calladas penumbras. El fallo con que premiaron al poeta aludía a la influencia de Maeterlinck, y Luis Alberto Sánchez lo saludó por cuanto ahí había de promisorio "y por la desnuda y casta emoción" que presidía el volumen. Desnuda y casta se ha mantenido hasta el final la obra del poeta. Ese libro inaugural mostró, por encima de los defectos juveniles, algo por entonces desusado y esclarecedor: vida auténtica de creador. Había nacido un poeta esencial. La unidad corría como hilo silencioso

de la mano de las sombras, la soledad, el mar y la espuma, la amada inasible. Esta triste enumeración no postula sino meras presencias en el aire contiguo de la lectura y el gusto. Ese era el mundo temático en que se había forjado progresivamente la obra. Ahí estaban la sombra y el mar. El paisaje de Peña fue largo tiempo, y preferencialmente, un paisaje marino. Fue por antonomasia el poeta de los mares y las islas imprecisables, sin continente cierto, de cuyas acechanzas supo siempre escapar, atraído por la fuerza de la soledad, siempre para él mejor compañera.

En ese libro primero se gestó, por suerte, la voz definitiva que Peña mostraría, en 1926, con *Cinema de los sentidos puros*, la voz más tierna y melancólica de su generación. La sombra evidente de Eguren preside la inspiración como una presencia bienhechora. Desde entonces la soledad y el silencio piden sitio en la heráldica de Peña:

El silencio es un tallo que crece
desde mi rodilla izquierda y me traspasa
en línea vertical por los sesos.

Ahí reconocemos el poeta total, en prosa y verso, que fue Enrique Peña. Ese libro representa para él su consagración definitiva, y él lo supo aceptar en su conciencia desesperada:

“Ahora soy el jardinero solo, el sembrador de nubes,
en esta soledad desesperada. Ahora soy una isla,
ahora, cuando la soledad se recoge en mis brazos,
cuando se hace presente como un niño”

No es de extrañar, por eso, que diez años después, fatigado de la travesía, el poeta prefiera la nostalgia del retorno. *El retorno a la sombra*, de 1936, nos devuelve el mar de la hora primera. El lenguaje se ha vuelto dinámico. Todo el arsenal retórico del poeta se conmueve. Peña sigue fiel a su primera inspiración rilkeana. Luego vino el silencio editorial. La diplomacia, sin embargo, nos devolvía de cuando en cuando

la voz de Enrique Peña desperdigada en revistas. Seguía siendo el viajero del mar. No quería ser el peregrino sino el hombre en actividad consciente y en marcha decidida:

“Soy el caminante...En cambio, si digo el caminante, sé que estoy a cada momento avizorando, fatigándome, venciendo al pez y al tifón, deambulando aun en el sueño, cuando todos creen que reposo”

Por eso los miembros de la Academia Peruana de la Lengua dicen ahora su pena y asisten a este ocaso en que, tras fulgor lento, se hunde, envuelto en luz que repetirán las nuevas generaciones, Enrique Peña, que escribió un día:

Toda mi vida no ha sido hasta ahora sino tránsito.
Puente tendido a la esperanza...
Toda mi vida no ha sido hasta ahora sino eso: tránsito. Y afán de ver. Y de asombrarme.



Académico don José Luis Bustamante y Rivero.